

LA PENITENCIA DEL PODER

Por Gabriel García Márquez.

Convocatoria.

Los escritores colombianos amigos de Belisario Betancur queremos exaltar sus espléndidas condiciones de hombre y de amigo, reconocer su vocación de estudioso de la cultura en sus diversas manifestaciones y de gozador empedernido de las diferentes expresiones del arte y la literatura. Queremos también reconocer su consagración al estímulo de empresas culturales, su empeño en exaltar los valores espirituales del país y en facilitar posibilidades de desarrollo a la vida cultural colombiana.

Para celebrar esta generosa trayectoria, aprovechamos que hoy llega a los 70 años de su edad e invitamos a acompañarle en el homenaje al cual estamos convocando, que se llevará a cabo el próximo 18 de febrero en la Casa de Poesía Silva.



Firman :

Gabriel García Márquez, Alvaro Mutis, Alfonso López Michelsen, Jorge Rojas, Eduardo Caballero Calderón, Germán Arciniegas, Danilo Cruz Vélez, Fernando Charry Lara, Jaime Jaramillo Uribe, Mario Rivero, Otto Morales Benítez, Abelardo Forero Benavidez, Carlos Martín, Fernando Arbeláez, Hernando Valencia Goelkel, Héctor Rojas Herazo, Alfredo Molano, Manuel Mejía Vallejo, Rafael Gutiérrez Girardot, Elisa Mújica, Alvaro Castaño Castillo, Rogelio Echavarría, Germán Espinosa, Ignacio Chaves Cuevas, Jairo Anibal Niño, Antonio Caballero, Gustavo Álvarez Gardeazabal , R..H. Moreno Durán, Daniel Samper, Alvaro Tirado Mejía, Jaime Jaramillo Escobar, Maruja Vieira, Jorge Orlando Melo, Jorge Eliecer Ruíz, Carlos José Reyes, Dario Jaramillo Agudelo, Jaime Sanín Echeverri, Giovanni Quessep, Jotamario Arbeláez, Manuel Zapata Olivella, Jaime García Maffla, Meira Delmar, Juan Carlos Botero, Alfredo Iriarte, Dora Castellanos, Ramón Cote Baraibar, María Mercedes Carranza.

Santafé de Bogotá, febrero 4 de 1993

Gabriel García Márquez

ofrecerá el homenaje, a nombre de los escritores convocantes.



UNAS PALABRAS

Por un error de cálculo en el huso horario, llamé al palacio presidencial a las tres de la madrugada. La impertinencia se me hizo más alarmante cuando escuché en el teléfono al presidente de la república en persona. “No te preocupes”, me dijo, con su cadencia episcopal. “En este empleo tan complicado ya no queda otra hora para leer poesía”. Pues en esas estaba el presidente Belisario Betancur en aquella madrugada trémula del poder relejendo los versos matemáticos de don Pedro Salinas, antes de que llegaran los periódicos a amargarle el nuevo día con fantasías de la vida real.

Hace novecientos años, Guillermo IX, gran duque de Aquitania, se desvelaba también en las noches de la guerra componiendo serventesios libertinos y romances de amor. Enrique VIII -que devastó bibliotecas únicas y le cortó la cabeza a Tomás Moro- terminó en las antologías del ciclo isabelino. El zar Nicolás Primero ayudaba a Pushkin a corregir sus poemas, para impagedir que tropezaran con la censura sangrienta que él mismo había impuesto.



La historia no se mostró tan truculenta con Belisario, porque no fue en realidad un gobernante que amaba la poesía, sino un poeta a quien el destino le impuso la penitencia del poder. Una vocación dominante, cuya primera victoria le salió al paso a los doce años en el seminario de Yarumal. Así fue : fatigado por la aridez de la *rosa rosae rosarum*, Belisario escribió sus primeros versos de una clara inspiración quevediana, antes de leer a Quevedo, y en octosílabos maestros, antes de leer a Fernán González :

Señor, señor te rogamos,
y rogaremos sin fin,
que caigan rayos de mierda
al profesor de latín.

El primero le cayó a él mismo, con la expulsión inmediata. Y Dios supo bien lo que hizo. De no haber sido así, quién sabe si hoy estuviéramos celebrando los setenta años del primer Papa colombiano.

Los jóvenes de ahora no pueden imaginarse hasta qué punto se vivía entonces a la sombra de la poesía. No se decía primero de bachillerato sino primero de literatura, y el título que se otorgaba, a pesar de la química y la trigonometría, era de bachiller en letras. Para nosotros, los aborígenes de



todas las provincias, Bogotá no era la capital del país ni la sede del gobierno, sino la ciudad de lloviznas heladas donde vivían los poetas. No sólo creíamos en la poesía, sino que sabíamos con certeza -como lo diría Luis Cardoza y Aragón- que es la única prueba concreta de la existencia del hombre.

Colombia, entraba en el Siglo XX con casi medio siglo de retraso, gracias a la poesía. Era una pasión frenética, otra manera de vivir, una especie de bola de candela que andaba de su cuenta por todas partes. Uno levantaba la alfombra con la escoba para esconder la basura, y no era posible, porque ahí estaba la poesía ; se abría el periódico, aun en la sección económica o en la página judicial, y ahí estaba ; en el asiento de la taza de café, donde quedaba escrito nuestro destino, ahí estaba.

Hasta en la sopa. Al menos allí la encontró Eduardo Carranza : “Los ojos que se miran a través de los ángeles domésticos del humo de la sopa”. Jorge Rojas la encontró en el placer lúdico de una greguería magistral : “Las sirenas no abren las piernas porque se quedaron escamadas”. Daniel Arango la encontró en un endecasílabo perfecto, escrito con letras urgentes en la vitrina de un almacén : “Realización total de la existencia”. Hasta en los



orinales públicos, donde la escondían los romanos, ahí estaba : “Si no le temas a Dios témele a la sífilis”. Por esos días pasó Pablo Neruda y nos dejó tres sonetos punitivos que estremecieron al país, aunque no agregaron nada a su gloria de poeta fugitivo.

Con el mismo temor reverencial con que íbamos de niños al zoológico, íbamos al café donde se reunían los poetas al atardecer. El maestro León de Greiff les enseñaba -y nos enseñó más tarde- a perder sin rencores en el ajedrez, a no darle ni una sola tregua al guayabo, y sobre todo, a no tenerles miedo a las palabras.

Esa era la ciudad a donde llegó Belisario cuando se lanzó a la aventura del mundo, entre el pelotón de paisas sin desbravar, con el sombrero de fieltro de grandes alas de murciélago y el sobretodo de clérigo, que los distinguía del resto de los mortales. Llegó para quedarse en el café de los poetas, como Pedro en su casa.



A partir de entonces, la historia no habría de darle un minuto de tregua. Y menos aún, como bien lo sabemos, en la presidencia de la república, que fue tal vez su único acto de infidelidad a la poesía. Ningún otro gobernante de Colombia tuvo que enfrentar un terremoto devastador, la catástrofe terrible de un avión de invitados, la erupción de un volcán y dos guerras sangrientas al mismo tiempo con frentes distintos, en un país prometeico que hace más de un siglo está matándose por las ansias de vivir. Creo, sin embargo, que si logró sortearlo todo no fue sólo por su hígado de político, que lo tiene, y muy bien puesto, sino por el poder sobrenatural de los poetas para asumir la adversidad.

Se han necesitado setenta años, y la infidencia de una revista juvenil, para que Belisario se revelara por fin al desnudo, sin las tantas hojas de parra de tantos colores y tamaños como ha usado en la vida para no asumir sus riesgos de poeta. Es, en el remanso de la tercera edad, una digna y hermosa manera de volver a ser joven.



Por eso me pareció tan justo que esta concurrencia de amigos se hiciera en una casa de poesía. Y sobre todo en ésta, en cuyas madrugadas se escuchan todavía los pasos sigilosos de José Asunción, desvelado por el rumor de las rosas, y donde hemos vuelto a encontrarnos muchos de los amigos que más queríamos a Belisario desde antes de que fuera presidente ; los que tantas veces lo compadecimos mientras lo fue, y seguimos queriéndolo más que nunca ahora que ha logrado el raro paraíso de no serlo ni desearlo.

